



F1215
F46

106423



1020001209



106423



MI VIAJE A MEXICO

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS:

- ALMA CANARIA (Album patriótico conmemorativo de la Asociación...)
MIS PATRIAS: Canarias, Cuba, España. (Conferencia.)
CRONICAS Y DEVANEOS (Artículos.)
SENDAS DE MISTERIO... Y DE AMORI (Cuentos.)
MI VIAJE A MEXICO (Crónicas y Conferencia.)

EN PRENSA:

- ENCUESTA (Monografías.)
MI VIAJE A VENEZUELA (Crónicas.)

PREPARADAS:

- SINO DE TRAGEDIA (Novela.)
DEL DIVINO TESORO... (Recopilación.)
EL DECIR DE LOS POLITICOS... CRITICAS LIGERAS,
JORNADAS DE UN CRONISTA, EDITORIALES
Y OTRAS COSAS MAS... (Periodismo.)
"PANCHITO" (Estudio de Arte y Sociología.)

M. FERNANDEZ CABRERA

MI VIAJE A ME- XICO ❁ ❁ ❁ ❁ ❁ A PROPOSITO DE LA REVOLUCION ==

PROLOGO DE CONDE KOSTIA

EPILOGO DE FELIX F. PALAVICINI



HABANA; 1915

IMP. DEL "AVISADOR COMERCIAL"

F1215
F46

EL DIA EN QUE DESAPAREZCA DEL ARTE EL ESFUERZO, LA HUELLA PERSONAL. ESE DIA HABRA MUERTO.

GONCOURT.

PRESUMO DE SER EL HOMBRE MENOS PEDAGOGICO DE LA TIERRA.

RUBEN DARIO.

PROPIEDAD REGISTRADA

DE ESTE LIBRO SE CONCEDIO LA TRADUCCION INGLESA
AL SR. ROBERTO V. PESQUEIRA



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

DEDICATORIA: A

M. MARQUEZ STERLING

CUBANO TANTAS VECES INSIGNE,
QUIEN DELEGANDO EN MI LA RE-
PRESENTACION DE SU "HERALDO"
PARA VISITAR TIERRAS DE LA ANTI-
GUA NUEVA ESPANA - AUN EN EM-
PENOS LIBERADOR CON LA MEMORIA
DE MADERO - HIZOME MERCED TAN
RELEVANTE, COMO IMBORRABLE.
(EN ESTE HOMENAJE, MENGUADO
A FUER DE MIO, E IR A TAN ILUSTRE
PERSONA, ADUNANSE, POR IGUAL,
CALIDO RESPETO ADMIRATIVO, Y
PLENA GRATITUD, REPOSADA.)

M. F. C.

LINEAS LIMINARES...

M. Fernández Cabrera—autor de las páginas que preceden a estas hojas, siguiendo una costumbre, que ni aplaudo ni censuro, desea del aburrido y casi olvidado cronista que "voici"; un liminar para su libro. No son notas a su bello periplo, tan soberbiamente realizado, y con tanta seguridad traído a la existencia literaria. Para glosar esta obra, con el mérito y la noble atención que merece, sería preciso el mismo número de cuartillas que ha cubierto de letras negras el joven y renombrado escritor. Ni siquiera habrá en mis párrafos nada relativo a observaciones mexicanas, tan fáciles, cree el público, en una persona que ha estado trece meses en la ex-capital de don Porfirio. No, no las habrá porque yo volví de México, como se vuelve de Bejucal—o como salió el negro célebre del sermón—(sermón que seguramente, no sería el de la Montaña, aunque fuera, lo que es probable, de algún montañés).

Pero a falta de observaciones, de notas de una seguridad gráfica, de rasgos de color loca-

les, de inducciones étnicas, de psicología trascendental — cosas todas que abundan, llenan y brillantan este volumen—crónica de guerra escrita a la manera esquivamente sutil de Stendhal en “La Cartuja de Parma”—visión de Waterlloo—hallará (el que pierda el tiempo conmigo y no se apresure a ganarlo con el exquisito correspondiente del “Heraldo de Cuba”, leyendo sus anales mexicanos) un entusiasmo que rompe todo freno, y corre desbordado al objeto de su elogio.

Cierto que este admirable escritor de épicas y a veces repugnantes escenas de sangre y gloria, de humo y lodo, no requiere, en absoluto, prólogo de presentación. Toda la Habana, toda la Isla, ha seguido crispante de anhelo, y rendida de curiosidad, los artículos que forman este libro, publicados intermitentemente, al capricho de las necesidades, en el diario del señor Márquez Sterling. A este interés del lector ha respondido la armonía de los trabajos en la forma en que los da. La hoja del periódico se pierde; pasa como un ala; se desvanece. El volumen queda en la eternidad relativa de que podemos disponer en el mundo. Y se exigía el libro, tan fácil de poner en la biblioteca, bajo la forma cómoda que las tiras de papel no tienen.

El prologuista de una obra que ha sido leída primeramente en la forma originaria de crónica callejera, y que conocen todos, que quieren conservar todos, tiene poco que hacer; su tarea es facilísima. Basta escribir al frente de la pri-

mera página, y a seguida de la cubierta “este libro está hecho de notas que han sacudido tu interés impaciente y encantado tu gusto literario. Lo que eran antes hojas periodísticas, es hoy un bloque consistente. Tú pediste al autor la perennidad del conjunto. El autor te ha complacido. Abrelo, léelo de nuevo y admíralo como antes”.

¿No cree el domador de palabras apropiadas y de frases recias que es cuanto puede decir el que echa sobre sus hombros el duro fardo de una introducción? Además, aun siendo el prologuista lo que no soy yo: un escritor de primer orden; un Varona, un Sanguily, un Montoro, debe esconderse algo en la sombra para dejar en toda su luz la personalidad del prologado. El más elemental deber de la cortesía impone este proceder. Voy aun más lejos: todo prólogo que intente competir en gracia o alacridad, en fuerza expresiva o grandeza de estilo con cuanto ha escrito el autor que lo ha elegido para precederle en su trabajo, es una mala acción; por lo menos una falta de delicadeza.

Ya oigo al lector decirme: “eso es escaparse por la tangente; eso es no confesar una inferioridad reconocida, e hipócritamente tapada tras el velo de un desinterés que no engaña a nadie”.

Quizás—es lo más probable, es casi seguro, tenga razón el lector. Yo ya estoy medio mandado a retirar: el frío de la senilidad me paraliza algo los dedos corporales y los tentáculos espirituales. Soy un sexagenario en marcha a

la torpeza impotente de un nonagenario. Todas las florecillas del estilo, que abigarraron, más o menos brillantemente, mi paréntesis de 20 a 40 (años) agotados primero en las bruscas nieves de los cincuenta, han huído ante las ráfagas de los inviernos sucesivos. El viejo Salem de la metáfora abdicó y peina con dedos pesados—muy lentamente—su vieja barba de maniqueo humillado.

Los jóvenes son implacables. Despliegan la rueda policroma de sus impresiones fulgurantes, toda la encantadora y real fantasmagoría de su estilo coloreado, de su personalidad deslumbradora... y exigen del muro semi derruido, no sólo que refleje sus matices cegadores, sino que conserve, para devolverlos, el esplendor de sus irisadas arrogancias.

Eso no es posible. Seguir con cristales ahumados, por la debilidad visual, las admirables visiones que irradian de estas páginas; sintetizar en esbozos rudos las escenas, violentas unas, tiernas otras, de gran relieve todas; condensar en solo gota de agua el oceano de estilo abierto vastamente a lo largo de esos capítulos; resumir en la breve piedra preciosa de una sortija toda la luz dilatada en el horizonte de esa impresión multiforme: la algara de México, narrada por Fernández Cabrera, es la empresa de un D'Esparbés que no escribe, ni escribirá nunca, "La Legende de l'Aigle".

Lector: tras estas líneas que leerás como hipnotizado por el aburrimiento, suprimiendo de

un golpe las dos o tres hojas que las llenan, se abre un trozo de vida contemporánea ardiente, un fragmento de mortales angustias "actuales". Y ese trozo y ese fragmento serán como proyecciones para la historia, que acaso tarde en trazarse, de la sangrienta, fraticida contienda en que Caines ciegos y protervos se asesinan en el regazo de la Eva materna, desangrada por las mil heridas de la ingratitud y la codicia.

Lee ese libro que el autor titula sencillamente "MI VIAJE A MEXICO" y que yo, si lo hubiera escrito, titularía, orgullosamente conmovido: "Mi viaje al Infierno".

Porque añade un círculo a los famosos de Dante.

CONDE KOSTIA.

Habana, Abril 1915.